

Danilo Castellano, *La tradición política católica frente a las ideologías revolucionarias*, Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2019, 176 pp.

La reunión de estos trabajos de Danilo Castellano tiene, así lo entiendo, una notable importancia para la actuación política católica, especialmente la que anhelan los jóvenes, siempre urgidos por pasar a la acción. Cuando se les dice que antes de la acción está el estudio de la tradición política católica, suelen fruncir el ceño. Algunos aceptan a regañadientes la tarea de formarse políticamente; otros caen en el voluntarismo de las acciones guiadas por su propio querer, vacuo y perjudicial. Pocos son los que gustosamente se sumergen en la sabiduría de la tradición. Es por ello que este libro de Castellano prestará un enorme servicio.

Tengo la impresión de que el autor, por conocido en el público tradicionalista católico, no necesita ser presentado, pero sí a esos jóvenes. Filósofo del derecho y de la política, catedrático de la Universidad de Udine, es uno de los pensadores católicos más agudos y menos complaciente con las modas ideológicas (el clericalismo) que la Iglesia, lamentablemente, ha ido adoptando en las últimas siete u ocho décadas. A más información, vale la pena leer el libro que editara Miguel Ayuso con motivo de la jubilación universitaria de Castellano, *La inteligencia de la política. Un primer homenaje hispánico a Danilo Castellano*, publicado el año 2015 por Itinerarios en Madrid. Allí se encontrará, por caso, un estudio de Ayuso que pinta magníficamente la docencia intelectual de Castellano y su ubicación y perfil dentro de la tradición católica.

La primera cuestión (que se trata en los capítulos primero y segundo) podría plantearse en una pregunta: la tradición política católica ¿es contrarrevolucionaria? La respuesta de Castellano es afirmativa, pero condicionada por la comprensión más ajustada

de la revolución y la contrarrevolución. Si la primera es el intento de sustitución de los principios perennes del orden metafísico, la segunda debe entenderse como la restauración del orden justo que se funda en esos principios. Y esto conviene a la Iglesia, antirrevolucionaria por su origen y por su fin; por su origen, pues ha nacido de la verdad; por su fin, porque la revolución hace vana la escatología. Lo dicho es evidente en el orden de los principios, pues en los hechos concretos, sufre de las tentaciones que le ofrece el mundo moderno, mezclándose la paja con el oro, la bosta con la plata, el barro con las perlas.

Una segunda cuestión considera la legitimidad y la monarquía, desplegada en los capítulos tercero y cuarto. Con su habitual precisión, Castellano comienza el examen distinguiendo la monarquía de la monarquía «moderna», asentada ésta en la soberanía del Estado o del pueblo; y aclarando el alcance de la legitimidad en el realismo, legitimidad por el fin, que es el bien común, no la voluntarista legitimidad del dominio por el dominio mismo, que tiende a otros fines. Difícil es exponer todas las finas elaboraciones y agudos corolarios del trabajo de Castellano, por lo que invitamos a los lectores a releer y estudiar estos dos capítulos.

Pero bien vale copiar aquí un pasaje (pp. 87-88) que creo sintetiza la enseñanza del autor: «La monarquía es incompatible con la democracia moderna, que es fruto de la doctrina de la soberanía que coherentemente postula, en último término, como soberanía popular. La monarquía no puede hacerse instrumento al servicio de la voluntad de nadie, ni siquiera del pueblo. Abdicaría, en este caso, de la realeza entendida del ejercicio de ese poder casi divino [...] y querido –se decía entonces– de los dioses, porque se ejercita con el fin de hacer mejores a los hombres, esto es, lo más perfecto posible de acuerdo con su naturaleza».

Escojo este párrafo porque en él está claro que el principio monárquico está anclado en la naturaleza de las cosas; que la tradición, si verdadera, pende de esa esencia y, por tanto, de Dios su creador. Que, en consecuencia, todo artificio humano para el gobierno de los hombres que niega esa naturaleza es tanto revolucionario cuanto ilegítimo. Por lo tanto, no podemos ir en busca de la legitimidad de la monarquía más que en



la naturaleza desplegada en la historia, que es una manera de evocar la tradición.

Nótese que lo dicho tiene una trascendencia inconmensurable, que repercute inclusive en lo dicho páginas antes. Que como tradicionalistas seamos contrarrevolucionarios no se debe a las boinas rojas o el recuerdo de los mártires o las lecturas aprovechadas. Lo somos porque defendemos ese orden que nace de los principios perennes que están anclados en la naturaleza misma de las cosas. Ser tradicionalista (o contrarrevolucionario) es defender el ser de las cosas, la prioridad del ser sobre el actuar. Es también reconocer a Dios como principio de la acción porque Él da el ser a las cosas y las sustenta en el ser. Se ve ahora porque los jóvenes no deben apurarse, pues la formación es indispensable a la acción.

En el plan de estudio del tradicionalista es conveniente también un conocimiento del enemigo. Castellano lo hace en los capítulos quinto y sexto, en los que examina al liberalismo y la democracia, con singular énfasis en la llamada democracia cristiana. Yendo a lo primero, el liberalismo se define como libertad negativa, como libertad de liberación, la libertad que no tiene más fundamento que ella misma, que es querer lo que se quiere sin más razón que esto mismo. Es una libertad gnóstica que ha inundado todo el sistema político moderno, dando lugar a los diferentes espejismos liberacionistas, que no son otra cosa que la negación del ser de las cosas, en particular del hombre.

Algo semejante cabe decir de la democracia, hija de gnosticismo moderno que, nacida del obeso racionalismo, se ha convertido en el fundamento mismo de la política, como estudiara Castellano en otro memorable libro suyo. El punto es que la política católica desde el siglo XIX y el paso al XX, ha visto crecer en su interior la tentación democrática, ora apañada erróneamente por los Pontífices, ora condenada por otros Papas. Estos vaivenes llevaron a que la democracia fuera aceptada en el catolicismo político sin condiciones, como si la misma Iglesia fuera su partera y nodriza. No es posible tampoco compendiar el examen finísimo de Castellano, por lo cual invitamos al lector a prestar atención al capítulo séptimo (y, si se debe y quiere, practicar un examen de conciencia político).

Los últimos dos capítulos, séptimo y octavo, son como una enriquecida recapitulación de los anteriores, orientados a la práctica de la política católica con el esperanzado aliento de sus reales posibilidades. Nadie combate sin un fin y un deber. Por eso es bueno recordar «lo que debemos a Cristo», porque a Él todo le debemos; porque si hemos hablado de realeza, Cristo es Rey; porque si hemos fundado la política tradicionalista en el ser de las cosas, la Realeza de Cristo está inscrita en esas esencias de los seres. Claro, no son pocas las dificultades, pero lejos de desalentarnos, nos convidan a reflexionar, como dice Castellano. Yo agregaría: a meditar, tanto en la trascendencia de Cristo Rey para la práctica política católica cuanto en los medios de acción ajustados al fin.

Así se podrá enmendar el problema de nuestro tiempo, que Castellano presenta como el progresivo alejamiento de la *res publica christiana*, porque en esa meditación encontramos el sentido del empeño del tradicionalismo político católico. Bien dice nuestro autor que esa *res publica christiana*, la Cristiandad, es un bien indisponible, puesto que es el norte de nuestro andar, y sin brújula deambulamos sin rumbo, caemos en errores, nos prendamos de formas accidentales y nos hacemos defensores de causas efímeras por carecer de raíz (como sucede con la mayoría de los grupos pro vida, digo a modo de ejemplo).

Aquí concluye el recorrido de Castellano y el nuestro, no sin antes apostar a no descuidar las enseñanzas y a meditar sobre nuestra acción política católica. Porque las páginas que ha escrito, en sus propias palabras, «constituyen una invitación a volver a pensar la cuestión con métodos y finalidades no clericales, a fin de ofrecer un verdadero servicio a la verdad y a la humanidad, por tanto, a los hombres de cultura y religión católica» (p. 170).

Tienen aquí los jóvenes ansiosos, los maduros perezosos, y los viejos desesperanzados, un libro extraordinario para estudiar, para reflexionar y para convalidar la opción política tradicional por la Cristiandad.

Juan Fernando SEGOVIA

